

Hasta que una carcajada
De éste, á todo trapo suelta,
Cambió del todo por último
La situación de la escena;
Cesó de reir don Juan
Y dijo de esta manera,
Cada cual dando á su tiempo
A sus palabras respuesta.

DON JUAN.

Sepamos con quién se habla,
Señor hidalgo. En Palencia
Soy yo don Juan de Alarcon,
¿Quién sois vos en esta tierra?

DON LOPE.

Ya hidalgo me habeis llamado.

DON JUAN.

No tengo aun mas que sospechas
De que sois tal por el traje,
Y vuestra barba de á terciá.
Mas no es esa la pregunta:
Alrededor de esta mesa,
¿Qué nombre usa su merced,
Sea en otra parte quien sea?
Mas veo que os recatais
Y os haré la delantera,
Que es bien que antes os entere
De lo que acontece. Sepa,
Pues, señor mio, que asuntos
De mi familia y hacienda
Me obligaron de esta casa
A hacer una corta ausencia.
Ahora bien, sin mas rodeos,
Pues veis que he dado la vuelta,
El caso es que aquí sobra uno:
¿Quién, pues, se va, y quién se queda?
Si es que comprais, declaremos
Nuestra posesion en venta;
Si lo debeis á la suerte,
La suerte entre ambos resuelva;
Y ó al que le toque la pierda,
O quien dé mas se la lleva,
O de quererla los dos,
Espada en mano, y afuera.
Elegid.

—El juez que en tanto
Todas sus razones pesa,
Y en todo evento prefiere
No dar razon de quién sea,
Dijo, convengo en tirarlo
Al azar.

—En hora buena.
Echóse don Juan al punto
La mano á las faltriqueras,
Y dijo al sacarla:—véamos,
Yo dejo el puesto si acierta.
¿Hay pares ó nones?

—Pares.
—Contad, pues, esas monedas,
Y echó don Juan en un plato
Nueve onzas en nueve piezas.
—Perdí, dijo el juez, y el otro

Que adivina lo que piensa,
Díjole: meted espadas
Si los oros no os contentan.
—A poder en este instante,
¿Juro á Dios que las metiera!
—¿Qué inconveniente teneis?
Declaradlo con franqueza,
Que aunque siempre estoy á punto
De empezar una quimera,
Cuando me señalan plazo
Ninguno me mete priesa.

Miróle el juez de soslayo,
Y por bajo de las cejas
Chispeándole los ojos,
Tomó á espacio la escalera,
Oyéronse sus pisadas
Irse alejando por ella,
Y oyósele alzar la aldaba
Y el golpe que dió en la puerta.

SIRENA.

¿Señor don Juan, qué habeis hecho!
Todo lo habemos perdido.

DON JUAN.

¿Pues quién es? ¿es tu marido?

SIRENA.

No.

DON JUAN.

Pues justo es mi derecho.
Ya viste que le propuse
Para adquirirse tu amor,
Azar, dinero y valor,
No hay, pues, de que se me acuse.

SIRENA.

¿Ay don Juan, que lleva ese hombre
La intencion mas depravada!

DON JUAN.

¿Acaso estoy sin espada?

SIRENA.

Cuando yo os diga su nombre
Temblareis...

DON JUAN.

¿Su nombre acaso
Es un volcan ó una mina,
Que está ardiendo á la sordina
Y esperando nuestro paso?

SIRENA.

Ese hombre á quien provocais
Es el alcalde Aguilera.

DON JUAN.

No me parece una fiera.

SIRENA.

¿Ay de vos si con él dais!

DON JUAN.

Y ¡ay dél sin conmigo da!
Mas niñerías aparte,
Puesto que vuelvo á encontrarte,
Dí, niña, ¿cómo te va?
—Bien, ¿y á vos?

—Famosamente.
—¿Y Margarita?
—No sé
¿Vive Cristo! ni quién fué
La tal mujer.

—Bravamente!
¿Y don Gonzalo?
—Buen lance
El suyo! ¡y qué bien riñó!
Mas para otro mundo echó,
Y ya el diablo que le alcance.
—¿Le matásteis?

—Y qué hacer?
Se empeñó en hallar venganza
A causa sin esperanza,
¿Qué habia de suceder!
—Pobre muchacho!

—Eh! dejemos
En paz á quien ya no existe,
Y que no llegue lo triste,
Sirena, á tales extremos.
¿Qué te importa don Gonzalo,
Mientras yo contigo esté?
Páreceme, por mi fé,
Que no va el mundo tan malo.
Bebe, y levanta esos ojos
A la luz de la bujía,
Volvamos á nuestra orgía,
Y... echemos estos cerrojos,
Por si acaso.

—Y esto hablando
Don Juan, cerró bien las puertas,
Llenó su vaso, y... no pudo
Mas alcanzarse de afuera.
Porque sin duda cansado
Del viaje abrevió la cena,
Y en brazos cayó del sueño
Tras de poca resistencia.

Las nueve daban apenas
De la mañana siguiente,
Y don Juan con la Sirena
En pláticas bien alegres
Concluido el desayuno
Estaban entendiéndose,
Cuando interrumpió su gozo
Inesperado accidente.
Pálida y despavorida
Llegó la doncella Irene,
Diciendo: ¿señor, salvaos!
—¿Qué dices, loca?

—Que vienen
A prenderos.

—¿A mí?
—A vos.
Y os acusan de una muerte
Hecha en esta misma calle.
—Sirena, ¿qué enredo es este?
¿Ay! ¡huid, don Juan, huid!
Y no estrañeis que os recuerde
La muerte de don Gonzalo.
—¿Vive Dios!

—Ved que quien quiere

Prenderos es Aguilera.
—¿El! ¡por vida mia! ¡que entre!
—Ved que son muchos.
—No importa.
—Por Dios, don Juan.

—Bah! tenerse
Siempre á mi espalda y dejarlos.
Y asiendo bizarramente
Su larga espada, don Juan
A abrirles la puerta fuese.
Presentóse en ella al punto
Don Lope con sus lebreles,
Y grande acompañamiento
De curiosos y de gentes;
Y en sus miradas de triunfo
Bien claro don Juan advierte
El poder que la venganza
Dentro de su pecho ejerce.
Pero no es hombre don Juan
Que á nadie en orgullo cede,
Y así con desden altivo
Aguarda á que el juez empiece;
El cual con sonrisa doble,
Que hartó á burla se parece,
De esta manera le dice,
Y don Juan á él de esta suerte:

DON LOPE.

—¿Quién es don Juan de Alarcon?
—Yo soy, buen hombre, ¿qué quiero?
—Que se dé al rey.

—¿Con qué causa?
—Hoy su magestad pretende
Que en un sillón duradero
En su presencia se siente.
—Pues dadle al rey muchas gracias,
Que yo no quiero de reyes
Mas que los bustos que corren
En sus monedas.

—No intente,
Señor galan, resistirse,
Que en sangre tenidas tiene
Las manos, y de un tal bustos
He sido yo algo pariente.
—¡Hola! ¿Sabeis esa historia,
Y esa sangre os pertenece?
Pues no intenteis, seor golilla,
Que con la vuestra se mezcle,
Porque quien vertió la una
A verter otra se atreve.
—¡Ea, mancebo, ya basta!
¿Espada y persona entregue,
O vive Dios!...

—Norabuena,
Por ella quien guste llegue,
Que por el puño la tengo.
—Pues á él, ministros, prendedle.
—Pues, señor juez, adelante,
Y salga lo que saliere.

Así diciendo don Juan
Con la cuadrilla arremete,
Sentando en ella sin tino
Estocadas y reverses.

Y en vano se le antepone
 Densa nube de corchetes,
 De escribanos y testigos:
 El tira siempre de frente,
 Y en dos minutos despoja
 De bultos el gabinete,
 Y huye espantada la turba
 Al rey invocando siempre.
 Desmayóse la Sirena,
 Rompió en clamores la Irene,
 Y en un momento en la calle
 Se arremolinó la gente.
 Rejas y balcones se abren
 Al ruido, y todos haciéndose
 Pregunta sobre pregunta,
 Mas todos sin entenderse.
 Quién huye despavorido
 Sin saber de lo que teme,
 Quién oye estúpido y mira,
 Quién bravea sin moverse
 Desde la calle entre tanto
 Que nada ve ni comprende.
 Ayes y votos se escuchan,
 Estoques por alto vénse,
 Y bocas abiertas dando
 Ordenes que nadie atiende.
 Miran todos á la casa
 Por fuera de las paredes,
 Como si á través pudieran
 Ver lo que dentro sucede,
 Y el dintel los alguaciles
 A pasar sin atreverse,
 Se desganitan de miedo,
 Y al auditorio ensordecen.
 Al fin por sobre el gentío
 Viéronse llegar ginetes
 Atropellando la turba
 Y armados hasta los dientes.
 Doblaron los alguaciles
 Sus roncas voces al verles,
 Y oyéronse maldiciones
 De la magullada plebe.
 Y en tanto en una antesala
 Don Juan esgrime y revuelve
 Contra tres que cara le hacen,
 Con el juez que se defiende;
 Pues insultado Aguilera
 Por él, y mofado al verse,
 Tiró el baston y echó mano
 Al estoque bravamente.
 Mas es muy diestro don Juan
 Y en tal posicion se tiene,
 Que espada y daga empuñando
 De tal modo les ofende,
 Que no desperdicia un golpe
 Ni un pié de terreno pierde.
 Dá, cía, pára, se cubre,
 Amaga, recibe, vuelve,
 Al uno tira de punta,
 Al otro á revés le hiere,
 Y al fin con un doble amago
 Al de Aguilera sorprende,
 Y en la tetilla derecha

Honda estocada le mete.
 Cayó don Lope y los otros
 Que por él lidian, al verle
 Doblaron contra don Juan
 Con rabia, aunque inútil siempre,
 Pues él que vé su venganza
 Cumplida, y abajo sienta
 Caballos, tal les acosa,
 Que al uno le desguarnece,
 Derriba al de la derecha,
 Y sobre el tercero llueve
 Tal tropel de cintarazos,
 Y con voz tan insolente
 Les insulta y les confunde,
 Que aturdidos los pobretes
 Huyeron al fin mohinos
 Y zurrados malamente.
 Entonces don Juan, que nunca
 Su peligro desatiende,
 No pierde el tino en su ira.
 Con mano asaz diligente
 Cerró las puertas, y astuto
 Buscó balcon que cayese
 A otra calle y por las rejas,
 Descolgóse osadamente.
 Gritó un hombre que pasaba,
 Pero no pudo dos veces,
 Porque don Juan levantándose
 Tendióle de un golpe inerme.
 Miró, y eligió camino,
 Se embozó bien, y metiéndose
 Por una calle escusada,
 Para su posada fuese.
 Tomó el caballo en que vino,
 Salió de Toledo al puente
 Y echó á escape, encomendándose
 A su brio y á su suerte.

Echó la justicia mano
 De Sirena y de la gente
 Que halló en su casa; crecieron
 Los procesos como peste,
 Y concluyóse la causa
 Al concluir nueve meses,
 Y en ella los que quedaron
 Pagaron por los ausentes.
 Del juez y de don Gonzalo
 Las averiguadas muertes
 En una sola sentencia
 Se vengaron de esta suerte:
 Condenóse allí á don Juan
 A morir, si se le hubiere:
 Mas nadie pensó en buscarle,
 Como continuo acontece.
 A Sirena por diez años
 A reclusion, y por siete
 A la criada, mandando
 Que al de Aguilera lo entierren.

Con que se salva quien corre,
 Y acierta quien se defiende,

Y está visto, la fortuna
 Solo ayuda á los valientes.

Hundia el sol su disco refulgente
 Tras la llanura azul del mar tranquilo,
 Dando sitio á la noche, que imprudente
 Presta con sus tinieblas igualmente
 Al crimen manto y al dolor asilo.
 Y allá en ocaso al espirar el día
 Con su postrera luz reverberaba,
 Y del inquieto mar se despedía,
 Y de la tierra que á lo lejos via
 Que de las sombras en poder quedaba.

Alcanzábase á Cádiz la opulenta,
 Blanqueando débilmente entre la bruma.
 Sentada á flor del agua turbulenta,
 Como queda despues de la tormenta
 Témpano errante de perdida espuma.
 Y aun se podian distinguir apenas
 Los altos y movibles masteleros
 Por cima y en redor de sus almenas,
 Y en alas de las ráfagas serenas
 La voz de los cansados marineros.

Mas no bien al crepúsculo indeciso
 Tragó la luz de la amarilla luna,
 Cuando en cóncavo son tronó imprevisto
 Cañonazo de leva, ronco aviso
 De nave que invocaba á la fortuna.

Lanzóse una á la mar, y á toda vela
 Abandonando el puerto prontamente
 A par del viento favorable vuela,
 Y á la luz clara que en la mar riela
 Se la mira vogar tranquilamente.

A Italia va. Dichosos los que aguardan
 A su playa feliz llegar en ella,
 Y el tiempo cuentan que en mirarse tardan
 Bajo el benigno sol de Italia bella.

A Italia va: país de los placeres,
 Encantado vergel rico de flores,
 Vivienda de hermosísimas mujeres,
 Patria feraz del genio y los amores.

A Italia va don Juan, ¡y á dónde iría
 El osado y amante pendenciero,
 A prolongar su interminable orgía
 Y á gastar su existencia y su dinero?

A Italia, sí; porque en Italia mora
 El amor, la molicie y la pereza,
 A Italia, sí, donde el placer se adora
 Altares levantando á la belleza.

A Italia va don Juan. ¡Cuánta esperanza,
 Cuánta ilusion de amor y de ventura,
 Lleva en su corazon, que nunca alcanza
 Fin á la dicha ni al placer hartura!

Atrás queda y burlada la justicia,
 Atrás los muertos que dejó lidiando;
 Mas la suerte con él marcha propicia
 Cabo feliz á cuanto emprende dando.

SIRENA, MARGARITA... ¿quiénes fueron?
 Ya sus nombres le son desconocidos:
 Su amor y sus encantos se perdieron
 Un momento despues de conseguidos.

A Italia va don Juan. La España toda
 Llena tras él de sus memorias queda
 Solo volver á España le acomoda
 Cuando amar, ni reñir, ni gozar pueda.

“Mientras es joven (dice) mientras lleve
 “Deseo el corazon y oro el bolsillo,
 “Lanzarse el hombre á los deleites debe
 “Del sol de su fortuna al falso brillo.

“El placer es mi Dios; mi alma desea
 “Para solo gozar larga la vida:

“Cuando sin oro y sin placer la vea
 “Como una inútil prenda envejecida,

“Con estóica calma indiferente
 “Despojaréme de ella, convencido

“De que al que un aura de placer no aliente
 “Le debe de bastar lo que ha vivido.”

Tal es don Juan y tal el pensamiento
 Que á la risueña Italia le conduce,
 Reñir, amar, beber, hé aquí su intento,
 Gozar solo es vivir, de ello deduce.

A Italia va don Juan, ¡y á dónde iría
 En verdad el amante pendenciero,
 A prolongar su interminable orgía
 Y á gastar su existencia y su dinero!

IV.

Fuese á Italia don Juan, lector querido,
 Y aquí cierra su historia su cronista,
 Que seguirle hasta Italia no ha podido;
 Lo cual, bien sabe Dios que me contrista.

Porque no es conclusion para una historia,
 Acabar en un viaje
 La vida y la memoria

De su mas importante personaje.
 Decir que llegó á Italia, como dice,
 Sin añadir mas dél, es un exceso
 De historiador sin seso;
 Porque si al menos naufragar le hiciera,
 Bien la historia en naufragio concluyera.
 Pero solo nos dijo

A Italia fué; de donde yo colijo
 Que fué este historiador un calavera.
 Yo, que ¡oh lector! tus intereses miro,
 Y á darte gusto aspiro,
 Tras el fin de don Juan un año anduve,
 Crónicas y memorias registrando,
 Manuscritos y sábios consultando,
 Mas nada de don á Juan á manos hube.
 Hasta que al fin pasando por fortuna,
 Y ha poco por Palencia,
 Topé con la ocasion mas oportuna.

Un clérigo muy viejo,
 En cuya casa por mi buen consejo
 Me hospedé aquella noche,
 Me contó como cosa verdadera,
 Y por los ojos de su abuela vista,
 Una historia que á fé que si no era

De don Juan de Alarcon, servir pudiera
Para acabar la que empezó el cronista.

A contártela voy, lector benévolo,
Con lo que el cuento de don Juan concluyo;
Y aunque de su verdad no desconfío,
A Dios plazca ¡oh lector! que como al mío,
Concluya mi don Juan á gusto tuyo.

Seis años habia durado
Del bravo don Juan la ausencia,
Y su memoria, en Palencia
Con ellos se habia borrado.

Mientras él fuera de España
Vivió, habíanse vendido
Sus bienes, que habian venido
A manos de gente estraña.
Y en fin, el mozo, expatriado
U oculto, no pareciendo,
Fué poco á poco perdiendo
La hacienda que habia heredado.

Siendo ella de las mejores
Que en toda la tierra habia,
Está claro que tendria
Infinitos compradores.

Pues sin deudos ni parientes
Don Gil y don Juan, ninguno
Puso impedimento alguno
A sus nuevos descendientes.

Tomó y pagó cada cual
La parte que le convino,
Sin curarse del destino
De lo demas del caudal.

Y un hombre, que se nombraba
De don Juan apoderado,
Daba un recibo firmado
Con la escritura, y cobraba.

Nadie se volvió á meter
En mas averiguaciones,
Ni en ver si los Alarcones
Podrian ó no volver.

De ellos quedó, en conclusion,
La casa donde vivieron,
A la que siempre entendieron
Por la casa de Alarcon.

Cuatro paredones, esto
Es lo que guarda Palencia
De su pasada opulencia,
Por triste y último resto.

Y á vuelta de algunos años,
Y de otra generacion,
Todos serán de Alarcon
A las memorias estrañas.

Tal es la vida, lector:
Quien mete en ella mas ruido,
Cae mas pronto en el olvido,
Y con vergüenza mayor.

En una tarde nublada
Del turbio Enero, venia
Por una dehesa que guia
De Palencia á Torquemada,

Un hombre mal ataviado,
Cuyo traje y porte fiero,
Le daban por extranjero,
Aunque no por muy honrado.

Traia el ceño fruncido,
A traves del cual brillaban
Dos ojos que al par miraban
Con insolencia y descuido.

Una daga milanese,
Por la cintura cruzada,
Y una larguísima espada
En dos garabatos presa.

Todo el resto de su traje,
Igualmente convenia
A hombre que mas no tenia,
O á un hombre que va de viaje.

Al ver su cuerpo fornido,
Su capa al hombro, y su fiera
Presencia, bien se pudiera
Tomarle por un bandido.

Sin embargo, en su persona
Hay cierto aire de grandeza
Que inspira cierta franqueza
Y á su misterio aficiona.

En un camino el hallarle,
Pavor infunde sin duda;
Pero si pasa y saluda,
Vuélvese uno á contemplarle.

Y siéntese que se aleje
Al ver tanta gallardía,
A par que causa alegría
Que franco el paso nos deje.

Y en fin, el viajero es tal,
Que á todos cuantos le ven
De lejos, parece bien,
Pero muy de cerca, mal.

Y él, en tanto, sin curar
De quién pasa por su lado,
Iba con pié acelerado
Atravesando el pinar.

Cruzó un viñedo, en seguida
Tomó una senda que á un valle
Por las viñas se abre calle,
De antiguo césped vestida.

Y aunque por lo embarazado
Que está con yerba y ramaje,
No parece aquel paraje
En verdad muy transitado,

El sigue siempre constante,
Como quien sabe el destino
A que conduce el camino
Que se le estiende delante.

Siguió por entre los brezos
Y el enredado zarzal,
Con el pié ó con el puñal
Apartando los tropiezos.

Y llegó al fin de la cuesta,
Do se vía en la hondonada

Una casilla olvidada,
Ya ruinosa y descompuesta.
Y cubierto de amarillo
Musgo y de yerba silvestre,
Rodeaba esta campestre
Casa un corto huertecillo.

Ya en él no habia señales
De manos de jardinero,
Y el plantío y el sendero
Eran sin cultivo iguales.

Solo en su centro se vía
Sobre un monumento alzada
De piedra una cruz labrada
Que aun en pié se mantenia.

Paróse ante ella el viajero,
Y ya por respeto fuese,
Ya por temor que sintiese,
Dejóse en tierra el sombrero.

Postróse despues de hinojos
Permaneciendo un instante,
Aunque sereno el semblante,
Con lágrimas en los ojos.

Y oró en silencio un momento,
Al cabo del cual alzándose
Con el sepulcro encarándose,
Dijo así con triste acento:

—Padre, al morir me dijisteis;
*Si algun dia tus locuras
O imprevistas desventuras
Te roban cuanto te doy,*

*Ven á mi tumba escondida,
Que en mi sepulcro al postrarte,
Mi sombra saldrá á ayudarte...*

Cumplióse así, y aquí estoy.
“Rompe, pues, sombra adorada,
“Esa piedra que te esconde,
“Y á mis suspiros responde,

“Momentánea aparicion;
“Dime, si, que desde el cielo
“Do mi padre habita ahora,
“No me lanza aterradora
“Su temible maldicion.”

Calló aquí un punto: y besando
La lápida con tristeza,
Inclinando la cabeza

Dijo alejándose ya:
“Quimeras!... nunca los muertos
“Salen de la madre tierra,
“Que avara en su vientre encierra
“El polvo que sér nos da.”

Entró, así hablando, el viajero,
En la casa abandonada,
Roida y desmantelada
Por el tiempo destructor,

Y no halló cosa en su centro,
De que echar mano pudiera
Ni aun para hacer una hoguera
Y procurarse calor.

Los insectos y las aves
La ocupaban solamente,
Y en los aires de repente
Se lanzaron en tropel,
Al sentir bajo su techo

Rechinar la antigua puerta,
Que al entrar por ella abierta
Dejaba el hombre tras él.

Todo era dentro abandono,
Desde el suelo á la techumbre;
Vió el triste con pesadumbre
Polvo y miseria no mas:

Y do quier que los tendia,
Solo encontraban sus ojos,
De otro tiempo los despojos,
Que no ha de volver jamas.

La lluvia que penetraba
Por los techos derruidos,
Tenia ya enmohecidos
Los aposentos do quier:

Y en los viejos paredones,
Las vigas fuera de asiento
Amagaban de un momento
A otro momento caer.

Las puertas, al empujarlas,
Desvenecijadas cedian,
Porque apenas mantenian
Quicio en que apoyarse ya:

Todo, en fin, amenazando
Pronta y deplorable ruina,
Hácia la tierra se inclina,
Y á hundirse en su nada vá.

Y todo esto lo contempla
El viajero muy despacio,
Como pudiera un palacio
Magnífico examinar

Un anticuario curioso,
O un avaro que allí viera
Una joya que otro hubiera
Perdido en aquel lugar.

Mas sin duda despechado
De no hallar lo que apetece,
Contra sí mismo parece
Que revuelve su furor;

Y en la sonrisa sardónica
Con que miró cada objeto,
Se ve que le da en secreto
Su vista intenso dolor.

Suelta á veces repentina
E histérica carcajada,
Y á veces con voz airada
Espantosa maldicion:

Y otras veces dulce y lánguida
Melancolía le inspira,
Y tristemente suspira
Su oprimido corazon.

A veces se cree que llora,
Y otras con voz insegura
Preces por bajo murmura,
Que son conjuros tal vez;

Y á veces con ira impía
Jura, maldice y blasfema,
Provocando un anatema
De Dios, con insensatez.

En fin, parece que víctima
De escasperados pesares,
Ni espera ya en los altares,
Ni fia en sí mismo ya:

Y alguno dijera, viendo
Su descompuesta figura,
Que asentada la locura
Dentro su cerebro va.

Al fin, abriendo ventanas
Y puertas desencajando,
Rompiendo y aniquilando
Cuanto encuentra aquí y allí;
Llegó hasta un salon oscuro,
Cuyo fondo daba entrada
A otra fábrica apartada
Que no habia visto hasta aquí.

Daba de la casa á un ángulo,
En que estriba un aposento
Que parece en su cimiento
Mas seguro gravitar,
Y al que separa del resto
De aquel edificio triste,
Una puerta que resiste,
Y él pugna por desquiciarse.

Mas no pudiendo, y no hallando
Ni llave ni picaporte,
Tentó hallar algun resorte
Que la moviera tal vez;
Y al cabo de ir apurando
Sospechas una por una,
Asió un clavo por fortuna,
Y se abrió con rapidez.

Daba la puerta á una estancia,
Con escasa diferencia
Alhajada en opulencia,
De las otras á la par;
Aunque algo menos ruinosa,
Y al parecer en secreto
Preparada á algun objeto
Difícil de adivinar.

No habia de aquel oculto
Y aislado aposento en torno,
Mas mueble ni mas adorno
Que un antiquísimo arcon,
Cuya llave conservada
En su propia cerradura,
Tal vez al secreto augura
Misteriosa solucion.

Abrióla aquel hombre, acaso
Esperando en su fortuna;
Alzó la tapa importuna,
Ansioso de ver si allí
Algun secreto encontraba
Que influyera en su destino,
Mas solo halló un pergamino
Escrito, y decia así:

COMO CUANDO AQUÍ TE VUELVAS,
TODO LO HABRAS YA PERDIDO,
Y TENDRAS PUESTO EN OLVIDO
A TU PADRE Y A TU HONOR,
EN ESA CUERDA Y ESCARPIA
LO QUE MERECEZ TE DEJO....
Y CREO QUE ES EL CONSEJO
QUE PUEDO DARTÉ MEJOR.

Quedóse don Juan atónito,
Pues no era el otro el que leia,
Ni era otro el que escribia,

Sino su padre don Gil:
Y sin apartar los ojos
De aquel fatal pergamino,
Contemplaba su destino
Con arrebató febril,

Y vió que habia en el techo
Una escarpia asegurada,
Y en el arcon enrollada
Miró la cuerda fatal;
Y desplegándose toda
Su existencia ante sus ojos,
Su insensato le dió enojos
Panorama criminal.

No habia en él mas que juegos,
Pendencias y desafíos,
Disolutos amorios,
Y crímenes por do quier.
Aquí el esposo ultrajado;
Allí la justicia hollada;
Acá la monja engañada;
La seducida mujer.

Asesinado el amigo,
Allá en la sombra moria,
En su sangrienta agonía
Maldiciendo su amistad:
Allá, la lívida sombra
Del desdichado Aguilera,
Salia rabiosa y fiera
De la oscura eternidad.

Y todas sus mil memorias
De riñas y seducciones,
En negras apariciones
Mostrándose por do quier,
Veníansele acercando
En muchedumbre siniestra,
Con el puñal en la diestra,
Su impía sangre á verter.

Todas estrechando el círculo,
En redor suyo apiñadas
Venian desesperadas
A maldecirle á una voz;
Cada cual con justa cólera
Pidiéndole ansiosa cuenta
De alguna hazaña sangrienta
O de algun crimen atroz.

¡Ay, delira el desdichado!
La sangre hirviendo en sus venas
Le deja intervalo apenas
En que poder respirar:
Y ¡miseró don Juan!... ¡miseró
A donde quiera que mira,
Ve un espectro que con ira
Viene su alma á demandar.

¿Y su padre? no, no hay duda:
Al ver de don Gil la letra,
El cruel destino penetra
Reservado para él:
Y sintiendo la conciencia
Que le despedaza el pecho,
Dijo de pronto: "Esto es hecho;"
Y así con ira el cordel.

Hizole un lazo á una punta,
El arca arrastrando trajo,

Otro pergamino vió,
Que á un lado manifestaba
Un cerrado cofrecito,
Y en él se veia escrito
Esto, que don Juan leyó:
PUES TUS VICIOS ¡INSENSATO!
HASTA AQUÍ TE HAN CONDUCTIDO,
TEN HORROR DE LO QUE HAS SIDO,
Y MIRA LO QUE A SER VAS:
TOMA Y VIVE, MAS ACUERDATE
QUE CUANDO YA NADA TENGAS,
SERÁ FORZOSO QUE VEN GAS
POR OTRA ESCARPIA QUIZAS.

CONCLUSION

Tú crearás, lector amigo,
Que don Juan esto leyendo,
En cuentas entró consigo,
Y por fin escarmentó.
Tambien yo lo suponía;
Pero, amigo, nada de eso,
Porque aquel clérigo obeso
Que esta historia me contó,

Me juró como hombre honrado,
Que habia despues sabido
Que este don Juan, perseguido
Por la justicia otra vez,
Se escapó con su tesoro,
Y volvió á su antigua vida,
Gastando en Francia su oro
Con bizarra esplendidez.

¿Y sabes lo que me dijo
Aquel venerable anciano,
Apretándome la mano
Acabado el cuento ya?
Pues me dijo aquel buen viejo,
¡Oh lector de mis entrañas!
Que á quien tiene malas mañas....
El refran se lo dirá.

Hasta ponerla debajo
De donde la escarpia está:
Y atando un extremo en ella,
Y en su cuello el otro extremo,
Maldijo don Juan su estrella,
A morir resuelto ya

Colocóse sobre el arca,
Disminuyó cuanto pudo
El espacio que del nudo
Hasta su cuello quedó:
Y entonces, segundo Judas,
Con habla ya enronquecida,
Así de la alegre vida
Diciendo se despidió.

"Teneis razon, padre mio,
"Ya otra cosa no me resta;
"Para una vida como esta,
"Mucho mejor es morir.
"Teneis razon! Gran regalo
"Me dejais, y lo merezco.
"¡Ea, pues! ya os obedezco.
"¡Abra Dios mi porvenir!"

Tras cuyas impías palabras,
Con los piés la arca empujando,
Quedó el misero colgando,
Blasfemando de su Dios:
Mas no bien gravitó el cuerpo
En la escarpia, cuando al punto,
Hierro y cordel todo junto
Cayó de su cuerpo en pós.

Desplomóse con estruendo
La carcómida techumbre,
Y empolvada muchedumbre
De escombros bajó detrás.
"¡Malditos maderos viejos!"
Esclamó don Juan alzándose,
Mas en su plan afirmándose,
Dijo: "Un árbol valdrá mas."

Mas mirando al techo al irse,
Por azar, cuál fué su asombro
Cuando pegado á un escombro